

ARTE EN EL MUSEO Y EN LA CALLE

Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria han sido, simultáneamente, escenario de dos acontecimientos artísticos de singular importancia. Ambos de signo diverso -clásico y vanguardia-; pero no operando como oposición, sino en calidad de complemento.

En Santa Cruz, a mediados del mes de diciembre pasado, se inauguró la "1ª. Exposición Internacional de Escultura en la calle". En Las Palmas, y por las mismas fechas, se colgó en las salas de la Casa de Colón una muestra de "Pintura Española de los siglos XVI al XIX," serie integrada con obras procedentes del fondo del Museo del Prado.

La Exposición de escultura fue organizada por la Delegación en Santa Cruz del Colegio de Arquitectos de Canarias, y contó con la colaboración del Ayuntamiento de Santa Cruz, y del Cabildo de Tenerife y de la Caja General de Ahorros de aquella isla; la de pintura española se acogió al auspicio del Cabildo Insular de Gran Canaria.

EL ARTE EN LA CALLE

Figuran en esta exposición un total de cuarenta y seis obras; algunas han sido realizadas "in situ"; otras fueron traídas a Santa Cruz cedidas por Museos y Galerías europeas. Gran parte de las obras

expuestas van a quedar permanentemente instalada en la capital tinerfeña, con lo cual ésta contará con un importantísimo Museo de Escultura.

Los organizadores han pretendido armonizar una muestra histórica de la escultura contemporánea, ofreciendo una selección de la obra producida por los artistas integrados en los diversos movimientos de vanguardia que a lo largo del presente siglo han incidido sobre la escultura. Moore, González, Gargallo, Alberto, Zadkine, Calder, Pomodoro son nombres suficientemente elocuentes para indicar cuál ha sido la línea de trabajo que se ha querido mostrar. Sin

ARTE EN EL MUSEO Y EN LA CALLE

duda alguna, la representación española constituye la parte más sólida y mejor de la muestra. Y eso a pesar de alguna ausencia escandalosa -la de Chillida y Plácido Fleitas, por ejemplo- y de alguna presencia no necesaria. A esto ha contribuido la mayor facilidad para reunir las obras (aunque la de Gargallo ha sido cedida por el Middelheim Museum de Amberes). Los artistas españoles participantes, suman un total de veintiséis; los ingleses, cuatro, los argentinos, tres; suizos, italianos y franceses, dos por cada nacionalidad; y un artista figura por cada uno de los siguientes países: Cuba, Bélgica, Chile, Estados Unidos, Rusia y Venezuela.

Las obras, con alguna excepción, tienen una gran calidad; incluso aquellas que -como la de Guinovart- inciden en el puro divertimento.

La iniciativa del Colegio de Arquitectos supone (aparte pequeñas diferencias de criterio) la medida más efectiva tomada contemporáneamente en las islas para contribuir a la educación del gusto artístico del pueblo.

Es evidente que el hombre de la calle no va al Museo, que sería una de las formas en que esa educación podría llegar a realizarse. El Museo es un lugar demasiado frío y silencioso, donde hasta el sonido de nuestros pasos nos produce sobresalto. El arte está en ellos como institucionalizado, un poco muerto, sin calor. Por otra parte no hay que pensar que ese hombre adquiera obras de arte. En primer término, porque el arte discurre por unos cauces comerciales a los que sólo tienen acceso los adinerados; en segundo, porque falto de una educación artística, aunque poseyera el dinero preciso, no lo emplearía en ese menester. Por tanto, la única posibilidad de sensibilizar al pueblo con el arte es acercándose a él, poniéndoselo en el mismo medio donde él vive: en la calle.

Con el arte en la calle, está dado el primer y fundamental paso. Este se hallará cargado de recelos, por parte del artista y por parte del público. Aquél advierte que va a enfrentarse con gente no preparada, pero, a la vez, con mentes libres de los prejuicios -cada vez más acusados- que crea la propaganda en torno al arte.

Hay un evidente campo receptivo por parte del público. Ajena a la índole de su educación, existe en el hombre una sensibilidad que lo alerta ante la verdad y la belleza del arte. El público se agolpa ante "El Profeta" de Gargallo o del bellissimo "Móvil", de Calder. Instintivamente está reconociendo la maestría de tales artistas sin saber en absoluto quienes son y qué significa su obra en la historia de la cultura humana.

Por supuesto, esa apreciación instintiva tiene un límite. Ese límite se manifiesta allí donde la dispersión o la estilización de las formas les impida "ver algo" inmediatamente. Aquí es precisamente donde comienza la labor educativa. El público, en contacto frecuente con la obra, acabará familiarizándose con ella e interpretándola a su modo. Porque indudablemente la escultura llegará a ser un objeto familiar y cotidiano, al que podrá mirar y tocar, libre de la coacción que impone un Museo.

Si los responsables oficiales de la cultura continúan desarrollando esta política iniciada por el colegio de Arquitectos, acaso nuestras ciudades adquirirían un habitat de mayor calidad humana y verdaderamente "habitable".

EL ARTE EN EL MUSEO

Las anteriores consideraciones sobre el papel que desempeñan los Museos en la educación colectiva requieren, lógicamente, algunas precisiones. Si a nuestro parecer son ineficaces para sensibilizar el gusto popular (y a esta ineficacia, además de los motivos ya

expuestos, contribuye la pésima instalación de que hacen gala la casi totalidad de los Museos españoles) son, en cambio, imprescindibles como fuente de estudio del arte. De ahí que nos parezca congruente que la mayoría de visitantes a la exposición "Pintura española de los siglos XVI al XIX" la haya formado jóvenes estudiantes de los cursos superiores del Bachillerato y de las pocas escuelas universitarias que radican en Las Palmas.

Una selección de cuatro siglos de pintura española limitada a treinta y seis cuadros originales de veintisiete pintores ha de ser, forzosamente, incompleta. No obstante, se ha pretendido que estén representados los artistas más eminentes de cada época. Pretensión que se ha logrado, en líneas generales, aunque la falta de por lo menos un Velázquez desdiga un tanto de esa representatividad.

La muestra comienza, cronológicamente, con Pedro Berruguete, el pintor de los Reyes Católicos (que es, por cierto, un artista del siglo XV-se ignora la fecha de su nacimiento y murió en 1504). La obra expuesta es la conocida bajo el título de "La Prueba del Fuego", un cuadro dentro de su técnica característica de formas cerradas y tratamiento individual de las figuras. De Correa del Vivar se exhibe un "Juicio Final" de factura renacentista, y de Luis de Morales, apodado El Divino, una "Virgen con niño" de pequeño formato. Es una de las piezas más bellas de la exposición; el rostro de la Virgen asume una melancolía y dramatismo silencioso y contenido. La pintura religiosa continúa con "La Asunción de la Virgen", de Francisco Bayeu, "Educación de una Santa" de Juan García de Miranda, "San Francisco de Asís" de El Greco, "San Antonio Abad", de Fray Bautista Mayno, "Ecce Homo" y "La Dolorosa", de Murillo, "La palabra del sembrador y la

Basterrechea: "Idittu"



cizaña" de Orrente, "San Francisco" de José Rivera, "San Miguel" de Valdés Leal y "San Diego de Alcalá" de Zurbarán. Todas estas pinturas acusan distintos modos y estilos; la sobriedad de Zurbarán, la cándida dulzura de Murillo, la alegoría, casi pagana de Orrente, etc. Son también cuadros de méritos desiguales.

El retrato tiene asimismo una excelente representación en esta muestra. Destacan los de Carlos IV y María Luisa ejecutados por Goya. Nunca un pintor fue menos amable con sus

modelos. Toda la índole moral del matrimonio real está cruelmente denunciada por los pinceles del feróz sordo. Los dos debidos a Vicente López y Madrazo revelan una correcta ejecución, realista el primero, romántico el segundo. Es pintura que hoy suscita poca simpatía. El bodegón -a falta de alguno de Zurbarán- está aquí representado por dos de delicada factura de Juan de Arellano y otros dos de Meléndez. "Nadie como Meléndez -dice Camón Aznar- ha pintado unos colores más exactos, fríos y prensiles en los humil-

Zadkine. "Fénix"

I
EXPOSICION
INTERNA-
CIONAL
DE
ESCULTURA
EN
LA
CALLE
(SANTA
CRUZ DE
TENERIFE)



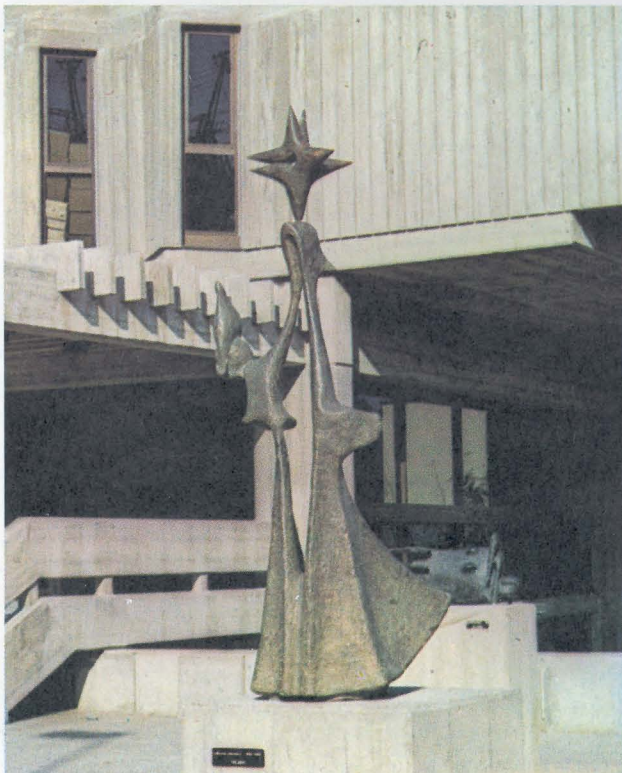


des temas de sus cuadros."

Finalmente, como muestra del impresionismo español del siglo XIX -tan mal conocido por la crítica de arte europea- figuran dos cuadros, uno de Regoyos y otro de Beruete. Ambos son de pequeño formato (31 x 43 cm. el de Beruete y 30 x 41 cm. el de Regoyos). Suficientes, no obstante, para poder percatarnos de la calidad de ambos pintores. El de Beruete representa un paisaje, con el Manzanares (escenario tan querido del pintor) en primer término, flanqueado por árboles verdes y amarillos que no ocultan, al fondo algunos edificios de Madrid en donde resalta la cúpula de la Iglesia de San Francisco. El paisaje de Regoyos muestra un paseo con parterre, un brazo de mar de intenso azul y en segundo término un ca-

Calder: "Stabile - Mobile"

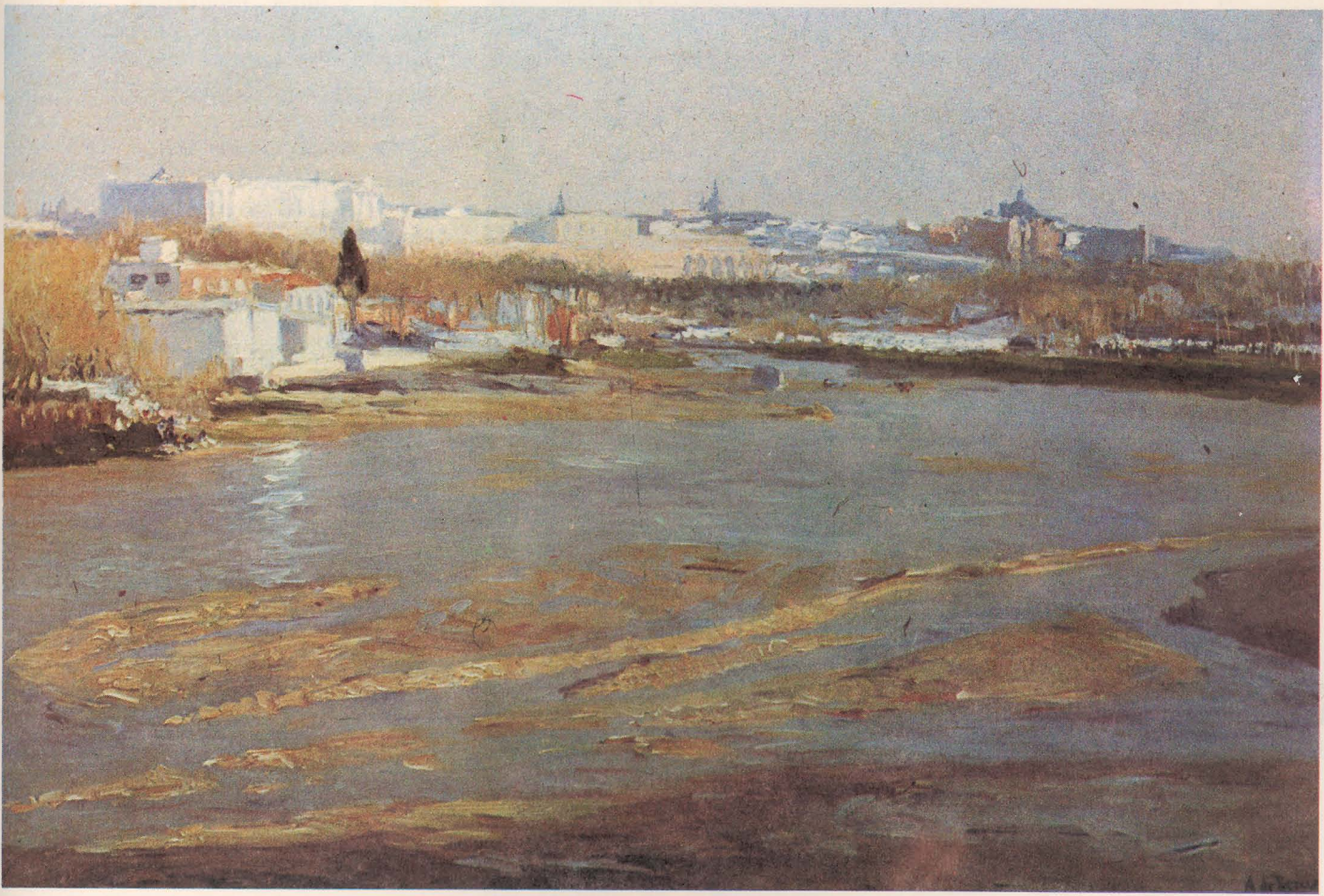
Ugarte: "Lorea"



Alberto:
"La mujer de la
estrella"



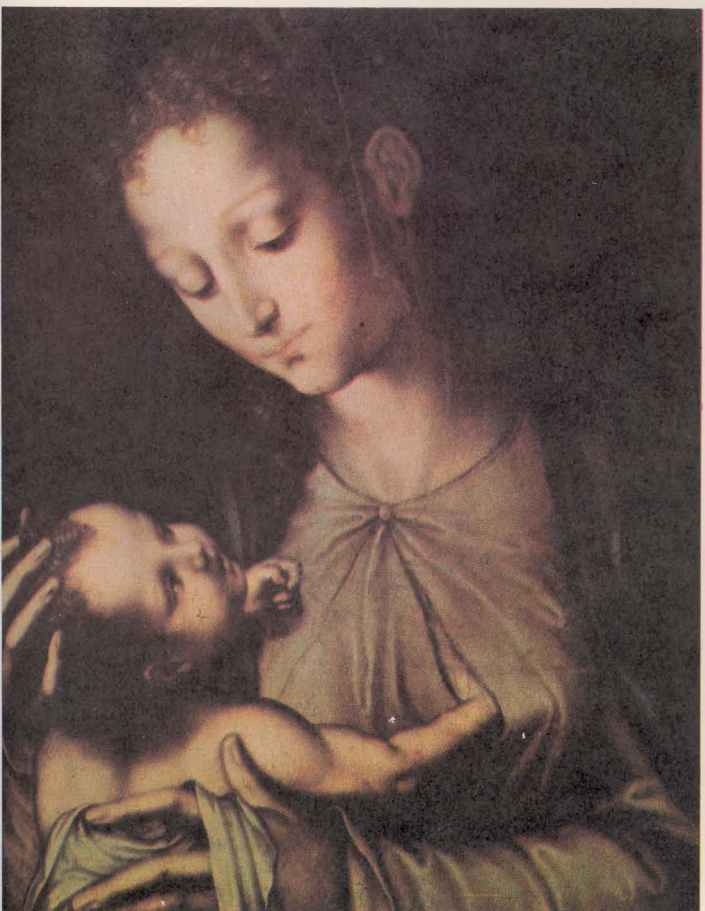
Aureliano de Beruete (1845 - 1912): Orillas del Manzanares.



PINTURA ESPAÑOLA DE LOS SIGLOS XVI AL XIX (Casa de Colón, Las Palmas)

Luis Eugenio Meléndez (1716 - 1780) Bodegón.

Luis de Morales: (1500 - 1586) La Virgen y el Niño.





Juan Carreño (1614 - 1685)
Banquete de Herodes.

serío y unas montañas, todo bajo un cielo azul nuboso. En ambas pinturas, la luz figura como elemento básico que proporciona el toque preciso para la captación del ambiente en plena vitalidad.

Son, en resumen, más de cuatro siglos de pintura española cuya lección, pese a su procedencia mayoritaria de gusto único -la Corte- es la diversidad, sabiamente dosificada. Sería deseable que para ampliar nuestra visión de esa pintura se nos ofreciera sin mucha tardanza una muestra completa de la obra de pintores españoles del siglo XX.

Exposición Antológica de PLACIDO FLEITAS (Las Palmas de Gran Canaria)

Gato, II. Muchacha del Sur
Gato, II (1950 - 1955)

Alfarera. Móvil y figura
femenina. (1950 - 1955)



EN EL MUSEO Y EN LA CALLE (A LA VEZ)

Algunas fechas más tarde de la apertura de las dos exposiciones reseñadas, concretamente el 15 de Enero, la Casa de Colón inauguró una muestra antológica de la obra de Plácido Fleitas. Esta exposición revisita la particularidad de que parte de ella se ha colocado en un recinto cerrado -el Museo- y la otra parte en la calle -escalinatas de la Catedral de Las Palmas. En el interior figuran las piezas más pequeñas realizadas en piedra y las otras elaboradas en madera; al aire libre están las grandes piedras (más de dos metros de altura), últimas esculturas en las que el artista se ocupaba en el momento de su muerte. Resume, pues, las dos tendencias esbozadas anteriormente.

En esta exposición están representadas todas las etapas artísticas que comprenden la evolución de nuestro escultor; desde sus figuras de campesinas, talladas en caoba, del año 37, a esas grandes estructuras de formas mágicas realizadas en piedra arenisca.

Sin duda, Plácido Fleitas es el gran escultor de las islas. Y no sólo por la calidad de su obra (indiscutible y sin parangón con ninguna otra realizada aquí), sino también por la ligazón de la misma con la idiosincracia más genuina de la cultura insular.

El escultor ha sabido reflejar en su obra, con poderosa individualidad artística, el alma colectiva de un pueblo y de una naturaleza. Sus rostros de Muchachas del Sur asumen una representación arquetípica, de un modo de ser sereno y melancólico, resignado y hasta fatalista. No obstante, la misma dureza de la piedra en que están realizadas esas esculturas, parecen simbolizar una resistencia, una oposición. Con la serenidad, la fuerza de sobrevivir.

Sus grandes piedras últimas,

imbuídas de un fuerte acento mágico, nos revelan la existencia de la naturaleza y de su sentimiento. Configuran el ámbito adecuado para aquellos rostros, tan fuertemente ligados a esa naturaleza.

Después de más de treinta años de ausencia (Fleitas no exponía en Las Palmas desde 1949), el público de las islas ha tenido ocasión de enfrentarse con una obra insólita y absolutamente fuera de serie. Realizada día a día, en la oscuridad y el silencio -y también con la incompreensión de muchos- al lado mismo nuestro y casi ante nuestros ojos. Una obra que, por fortuna, no va a tardar mucho tiempo en enriquecer el Museo Provincial de Bellas Artes y algunos parques y jardines de Las Palmas. Arte en la calle y en el Museo.

Plácido Fleitas nació en Telde, en 1915. Durante algunos años fue alumno de la Escuela de Luján Pérez, en Las Palmas, una singular academia cuya única norma pedagógica era respetar la libre iniciativa del artista en ciernes. Su formación más constante y profunda la adquirió en virtud de su propia experiencia. Autodidacta, habitante de una isla, su obra revela, no obstante, un espíritu afín con la realizada por los escultores más innovadores de nuestra época, aportando a su vez, unas cualidades genuinas dictadas, o mejor; sugeridas por el entorno geográfico y étnico nativo.

Fleitas no fue sólo un artista dueño de la forma; fue también un prodigioso artesano, domador de la materia; sus obras las realizó tallando directamente la piedra (de Tirajana o de Tindaya) y la madera (caoba, naranjo sabcícu).

Plácido Fleitas realizó diversas exposiciones individuales en Las Palmas, Madrid, Barcelona, París, Copenhague, Santa Cruz de Tenerife, etc. Obtuvo una beca de la Fundación Juan March (1966). Está representado en los principales

ARTE EN EL MUSEO Y EN LA CALLE

Museos y colecciones de Europa y América. Le han dedicado estudios monográficos Ventura Doreste, Corredor Matheos, Aguilera, Lázaro Santana, Eugenio D'ors, etc. Referencias a su obra figuran en diversas historias del arte actual, entre ellas en "Art of Our Time" publicado por Thames and Hudson, Londres, 1966.



INTERCAMBIO

La trascendencia de las exposiciones que hemos descrito brevemente no podía quedar limitada a cada una de las dos islas, sirviendo de goce exclusivo para los habitantes de cada una. Conscientes de la necesidad de un intercambio, las Cajas de Ahorros de Tenerife y de G. Canaria organizaron una expedición entre los estudiantes de ambas provincias. Los de Tenerife viajarían a Las Palmas, y los de Las Palmas a Tenerife. Tal desplazamiento tuvo lugar el día 19. Los estudiantes fueron acompañados por profesores del Departamento de Arte de la Universidad de La Laguna y de la Escuela de Bellas Artes de Las Palmas. Visitaron las exposiciones en una y otra ciudad, recorrieron algunos campos de las islas, y, en definitiva, cada grupo regresó a su isla nativa más enriquecido con lo contemplado en la tierra vecina. Ejemplos como estos deberían propagarse.

L. S.